



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9707

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MARTES 13 DE MARZO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cauquartiu, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

NOVEDADES

EN EL

MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cera. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catros de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estuas Choubkeri nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

DESDE MADRID

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

Muy señor mio: Hoy sale, no la lotería, sino la crisis tan temida por unos, tan esperada por otros. ¡Cuánto desasosiego, cuántas penas y experimentado y llevado á cabo en las últimas cuarenta y ocho horas!

Vayan con Dios los ministros salientes, y coloquen pronto los entrantes á sus amigos, parientes y parientes.

Se abre un nuevo horizonte á los jóvenes en disposición de ser novios de las hijas de los personajes.

Tenemos una nueva yernocracia en perspectiva.

La crisis se reduce á esto, nuevas cesantías y nuevas colocaciones.

Madrid en crisis, presenta un aspecto especial; se animan las fisonomías de algunos cesantes, languidecen las de algunos empleados, los periodistas aumentan su trabajo de pies; y los que viven de una industria, de un comercio ó de empresas particulares, casi no se fijan en el cambio de Gobierno.

Unicamente los sastres, se ocupan mucho de las crisis.

Hay quien no tiene ropa negra, algunos dejarán de pagar los plazos mensuales—hay muchos elegantes y altos funcionarios que visten á plazos:—otros tendrán que hacerse ropa; en fin, que entre la política y el sastre hay grandísima relación.

Los telegramas habrán anticipado á ustedes noticias, con cuya celeridad no pueden competir las correspondencias postales; por consecuencia me ahorro de barajar nombres propios.

Lo de Africa está terminado, y no está mal terminado.

Lo he dicho muchas veces: es más fácil gritar ¡Viva España! y encontrarlo todo malo, que tratar con un Gobierno, cuyos diplomáticos no llevan calcetines, y cuyos ministros, casi, sin ofenderlos, puede decirse que no tienen vergüenza.

Por hoy no estamos en condiciones de realizar nuestra misión en Africa, y todo lo que sea cortar, de una manera decorosa, la continuación de la guerra, es ventajoso para el país.

Esta es mi opinión sincera, y creo en conciencia, que Moret ha tenido un verdadero éxito. Moret es un hombre de un inmenso talento, se ha perjudicado á sí mismo sirviendo para todo. La generalidad de los políticos, que apenas si sirven para la mitad de cualquier cosa, no comprenden que haya quien pueda hacer bien muchas cosas á un tiempo, y llaman ligereza á lo que es actividad.

Además de la crisis y de lo de Africa, preocupa mucho en Madrid «el testamento falso.»

Yo no niego que todo hace creer que en esto se ha cometido un delito, pero lamento la ligereza con que algunos periódicos ofenden á la judicatura y á la curia.

Es proverbial la buena fé general de la curia de Madrid: infinidad de asuntos graves cuyas primeras

piezas las constituyen un pagaré ú otro documento de importancia, andan de mesa en mesa; á veces los chicos se apedrean con los autos; y no hay ejemplo de que haya desaparecido un documento; y cuidado que los capitalistas encargados de estos servicios, tienen una renta que oscila entre la inmensa cantidad de cuatro á siete reales diarios.

De los jueces, todos hombres de carrera y de grandísima modestia, no sé que se haya dicho hasta ahora nada concreto que pueda hacerles daño; y respecto á los actuarios, no tengo noticia de que ninguno haya hecho fiacas ni constituido rentas, con su modestísimo trabajo.

Y sin embargo, se habla de la curia, poco menos que de la compañía del «Ceucerrito» y no parece sino que á diario, hay escándalos que lamentar.

La curiosidad del público exige que los periódicos tengan siempre algo de interés palpitante, y como á la gente le gusta mucho la caza mayor, que decía D Gaspar Nuñez de Arce refiriéndose al placer con que el público silba á los autores reputados, no tiene nada de extraño que tratándose de jueces y abogados haya cierta curiosidad, más ó menos insana, por suponerseles autores de tremendos delitos.

La prensa, que hemos dado en llamar de circulación, tiene que dar al público noticias que devorar; y así como los confiteros con dos claras de huevo bien batidas, hacen un plato que abulta mucho, aunque tiene poca verdad, así también con una noticia se prepara un crimen pasional que hace vender algunos números.

Otra vez la dinamita, en Roma, ha dado noticias de su existencia y producido desgracias.

Sigue el anarquismo minando nuestra sociedad y los gobiernos se limitan á ahorrar sin pensar que la sociedad, si ha de defenderse, necesita pensar en los que ni comen

lo que necesitan para vivir, ni se les ilustra lo que es necesario para que no sean criminales.

Otra noticia de sensación ha circulado por Madrid: me refiero á una monja que quiere salir del claustro y á quien se supone víctima de extraños rigores.

Se están haciendo averiguaciones, y como no quiero incurrir en las ligerezas que condeno en otros, me abstengo hoy de dar más detalles.

Respecto á la vida monástica yo tengo también mi opinión propia.

No creo que en nombre de la libertad se pueda impedir ni á los hombres ni á las mujeres el que se reunan para orar, pero como hacen voto de castidad y de pobreza, y como la población y la riqueza son las bases de la sociedad, entiendo que lo que vá contra la sociedad, no puede ser conveniente para ella. No sé si por tener puntos de vista propios habrá quien entienda que unas veces soy anarquista y otras neo. A mí me vá muy bien con mi opinión, que procuro dar siempre a conocer, como la siento en mi conciencia.

Y para cumplir con mi misión, allá van unas cuantas noticias. Ha llegado á Madrid el valiente soldado Antonio San José, cuya leyenda es conocida de toda España; la Patria le ha premiado con una cruz que tiene un real diario; me parece que no harían nada de más este Gobierno ni ningún Gobierno, con procurarle un destino civil con el que pudiera vivir holgadamente, como si en lugar de las hazafias que ha realizado, hubiera sido ayuda de cámara de algún diputado cabildero.

Y allá va otra noticia muy curiosa, y que creo que pocos saben. Se ha tratado de volar la parte del «Cabo Machichaco,» que todavía está en el muelle de Santander, y como esto ofrecía peligros, se ha consultado con la Junta Superior de Minas. La consulta ha sido la si-

guiente: «Puesto que el «Cabo Machichaco,» contiene todavía dinamita en su casco, ¿qué puede ofrecer más peligro, dejarlo donde está ó proceder á su voladura de una manera técnica?»

Contestación de la Junta: «El dejarlo ofrece muchos peligros, el proceder á la voladura tiene también bastantes; la Junta si no se encuentra un tercer medio no se decide por ninguno.»

Me parece que esto constituye un verdadero colmo.

De política extranjera, hay pocas novedades. Es un hecho la aproximación no solamente social sino política de el emperador Guillermo y el príncipe Bismark, y ahora, cuando nadie habla de guerra con Francia, yo—y recuerden ustedes que muchas veces he adelantado noticias—les anticiparé que no me extrañaría que esta primavera se produjera algún hecho que trajera la guerra. Bismark no está conforme con que Francia se prepare más de lo que está, y no sería extraño que de algún motivo más ó menos especioso, viniera una complicación europea.

La situación de Italia, financieramente considerada, es cada día más triste. Dije á ustedes que si Francia recogía la moneda italiana que circulaba en la República, Italia estaba muerta; esto va á suceder, y se cumplirá una vez más una eterna ley histórica: cuando los pueblos faltan á los preceptos que rigen los intereses de su raza, los pueblos perecen. Esto lo ha pasado á Portugal, que ha sido el esclavo de Inglaterra, eso le pasó á Italia, que se ha olvidado que debe á Francia su nacionalidad.

Y para concluir, allá vá un cuento.

Doña Robustiana, sempiterna habladora, ha exhalado su último suspiro.

Y hé aquí en qué términos daba su yerno la noticia á uno de sus amigos:

342 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

una cicatriz que cruzaba su pecho, le preguntó con tono de triunfo:

—Mi padre sabe lo que es esto?

—Qué guerrero podía ignorarlo? Es la señal que ha dejado una bala de plomo.

—Y esto? prosiguió el indio presentando su espalda desnuda, pues no llevaba más vestidos que un taparrabos y los mocasines.

—Esto? Mi hijo ha recibido una cruel injuria. Quién ha hecho esto?

—Magna se ha acostado en una cama muy dura en los wigwams de los ingleses, y estas señales son el resultado.

El salvaje acompañó estas palabras con una amarga sonrisa, pero que no ocultaba su bárbara ferocidad. Por fin, dominando su cólera, y tomando el aspecto de sombría dignidad de un jefe indio, añadió:

—Marchad! decid á vuestros jóvenes guerreros que hay paz. El Zorro-Sutil sabe lo que ha de decir á los guerreros huronas.

Sin dignarse pronunciar una palabra más y sin esperar respuesta, Magna se puso el fusil en el brazo, y tomó en silencio el camino que conducía á la parte del bosque en que acampa con sus compatriotas. Mientras atravesaba la línea de agaznadas varios centinelas le dieron el quién vive, pero no se dignó contestar; y solo se libró de morir, por que los soldados re-

EL ULTIMO MOHICANO.

343

conocieron en él á un indio del Canadá, y sabían cuanta era la terquedad indomable de aquellos salvajes.

Montcalm permaneció algún tiempo en el mismo sitio en que su compañero lo había dejado, absorto en una meditación melancólica, y pensando en el carácter intratable que acababa de mostrar uno de sus salvajes aliados. Ya su fama se había visto comprometida por una escena horrible en circunstancias parecidas á aquellas en que entonces se encontraba.

En medio de tales ideas comprendía vivamente la responsabilidad que echan sobre sí aquellos que no son escrupulosos en la elección de medios para alcanzar su fin, y cuán peligroso es poner en movimiento un instrumento cuyos efectos no se pueden mandar á voluntad.

Desechando unas reflexiones, que consideraba como una debilidad en aquel momento de triunfo, volvió á su tienda; y como la aurora apuntaba ya al entrar en ella, ordenó que los tambores dieran la señal para despertar á todo el ejército.

En cuanto sonó el primer redoble en el campamento francés, los tambores del fuerte contestaron, y casi en el mismo momento los sonidos de una música viva y marcial resacaron en todo el valle. Las cornetas y clarines del vencedor no dejaron de tocar alegres aires, hasta que el último rezagado estuvo so-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA. 346

Aunque Cora estaba pálida é inquieta, no había perdido su acostumbrada energía, pero los ojos de Alicia enrojecidos é hinchados, indicaban las muchas lágrimas que habían vertido. Las dos vieron al joven militar con un placer que no pensaron en ocultar, y Cora contra su costumbre fué la primera que le dirigió la palabra.

—El fuerte está perdido, dijo con sonrisa melancólica; pero al menos supongo que nos queda intacta la honra.

—Más brillante que nunca! dijo Hayward. Pero mi querida miss Munro, es ya tiempo de pensar algo menos en los otros, y un poco más en vos misma. Las costumbres militares, el honor, ese honor que tan bien sabéis apreciar, exigen que vuestro padre y yo marchemos á la cabeza de las tropas, al menos hasta cierta distancia; y en dónde buscar ahora alguien que pueda velar por vos, y protejeros en medio de la confusión y del desorden de una marcha como esta?

—No necesitamos á nadie, contestó Cora: quién se atrevería á faltar á las hijas de tal padre en semejante momento?

—No quisiera sin embargo dejaros solas, ni por el mando del mejor regimiento de tropas de S. M. replicó el mayor, mirando alrededor de sí sin ver más que mugeres y niños. Pensad que nuestra Alicia no tiene la misma entereza que vos, y Dios tan solo sabe cuán grandes serán sus temores.